



IAA

UNA AGENDA DE JUSTICIA SOCIAL CONSERVADORA

por Dr. Arthur C. Brooks¹

Abril 2014

Presidente de American Enterprise Institute

*“Es verdad que nunca faltarán pobres en tu país. Por eso yo te ordeno:
abre generosamente tu mano al pobre, al hermano indigente que vive en tu tierra”.*
Deuteronomio 15, 11

Existe la opinión bastante aceptada hoy en los Estados Unidos de que la preocupación por los más necesitados es una característica políticamente progresista. Esto no es cierto. Todos, tanto progresistas como conservadores, estamos llamados a socorrer a los más necesitados; es nuestro deber y privilegio. De hecho, en este periodo de crisis económica global, somos los conservadores los que podemos y debemos proveer las soluciones que vayan a ayudar a los más vulnerables de nuestra sociedad. Este artículo pretende explicar cómo podemos conseguirlo.

Las elecciones de 2008 marcaron la vuelta de la política progresista a los Estados Unidos. Por primera vez en 16 años, los demócratas ganaron tanto las dos cámaras del Congreso como la Casa Blanca. No perdieron tiempo en articular una agenda progresista que iba a equilibrar la gran recesión e iba a conducir a los Estados Unidos hacia una mejor justicia y compasión. Ayudar a los pobres a salir de la pobreza, reducir la desigualdad económica y frenar las ganancias descontroladas de los estadounidenses más adinerados eran las prioridades más importantes.

Ya han pasado cinco años. ¿Cuál ha sido el resultado de este proyecto?

Desde enero de 2009, el Dow Jones Industrial Average ha aumentado más del doble. Este ha sido el aumento más importante desde 1990, y la mayor parte de estas ganancias en los mercados han ido a parar a las clases más acomodadas, ya que según las estadísticas, el 10 por ciento de la población más rica posee el 81 por ciento de las inversiones en bolsa.

Al mismo tiempo, los pobres son cada vez más pobres. El número de estadounidenses que reciben ayuda a través del Supplemental Nutrition Assistance Program, también conocido como los cupones de alimentos (food stamps) ha aumentado casi un 50 por ciento desde enero de 2009, pasando de 32,2 a 47,7 millones de beneficiarios. Uno de cada seis ciudadanos en el país más rico del mundo ahora depende de los cupones de alimentos del gobierno para su subsistencia.

Hoy también tenemos el porcentaje más bajo de estadounidenses en la población activa desde los años 70; según el Bureau of Labor Statistics, solamente trabaja el 63 por ciento de la población en edad de trabajar.

Pocos conservadores reprochan sus ganancias a los más ricos, pero el hecho de que tanta gente pobre continúe sufriendo, años después de que se declarase el fin de la Gran Recesión, ofende cualquier sentido básico de justicia. Estos resultados tan penosos del Gobierno no nos deben llevar a ningún tipo de complacencia, sino que requieren respuestas concretas.

¹ arthur.brooks@aei.org, +1 202.302.42.66. Publicado originalmente en *COMMENTARY MAGAZINE* Febrero, 2014, <http://www.commentarymagazine.com/article/be-open-handed-toward-your-brothers-1>.

Los conservadores necesitamos una agenda de justicia social propia.

Conservadores y Pobreza

Cada vez que los progresistas adinerados intentan demostrar su espíritu solidario pregonando que se han de subir los impuestos, los conservadores hervimos por dentro. Es muy fácil ser generoso con el dinero de los otros, y, además, esta idea confunde profundamente las intenciones de los que desean llevar a cabo una acción efectiva. Esta es una estructura moral que no está construida sobre el bien genuino sino sobre el “buenismo”.

Pero solamente mostrar desacuerdo con las ideas progresistas no es suficiente, tiene que haber acción. La renuencia de los conservadores a articular una agenda de justicia social propia solo alimenta la percepción de que la a la derecha no le importan los menos afortunados.

Los líderes conservadores tienen la obligación con sus seguidores y con los menos afortunados de articular un programa de acción positivo de justicia social desde la derecha. Tiene que ser tangible, práctico y efectivo, y tiene que empezar con la siguiente pregunta: “¿Qué necesitan los miembros más vulnerables de esta sociedad?”

Esto significa que tienen que preguntárselo a los pobres mismos.

La mayoría de las investigaciones académicas que estudian la pobreza están completamente desvinculadas de las mismas personas de las que hablan. Uno de mis colegas cuenta una historia muy ilustrativa. Una tarde, mientras estaba trabajando en su tesis de doctoral en el Centro de Estudios para la Pobreza en una universidad puntera del país, un pobre entró por la puerta. Resulta que esta persona había visto los letreros y estaba buscando ayuda. Los investigadores expertos en pobreza no tenían ni idea de lo que tenían que hacer o decir al pobre hombre. Su primer impulso fue llamar a seguridad.

Las entrevistas realizadas a ciudadanos pobres y vulnerables, especialmente a aquellos que han sido capaces de salirse de la pobreza con su sacrificio personal, proporcionan más información de la que podemos obtener de cualquier estudio académico. De mi experiencia con estas entrevistas he podido constatar el desprecio que muchos de ellos sienten hacia los políticos, ya sean de izquierdas o de derechas. Además están en desacuerdo tanto con los políticos progresistas que creen que solamente el dinero y la redistribución pueden resolver la pobreza, como con los conservadores que actúan como si cada persona necesitada simplemente debiera abrir su propio negocio.

Entonces, ¿qué es lo que los pobres realmente necesitan para llevar vidas prósperas y satisfactorias? La verdadera respuesta es a la vez simple y profunda. Necesitan transformación, ayuda y oportunidades, y en este orden. Basándose en estos tres pilares, los conservadores y los defensores de la libre empresa pueden asentar los fundamentos para el programa de justicia social que este país se merece.

Transformación

El primer pilar es una transformación moral y personal. Actualmente, todo el mundo está de acuerdo en que la pobreza en los Estados Unidos está a menudo entrelazada con patologías sociales. A finales de los 90, investigadores del Urban Institute estimaron que un 37 por ciento de individuos que recibían “Aid to Families with Dependent Children” consumían drogas y alcohol regularmente. Así mismo, los resultados de investigaciones similares conectan la pobreza con la criminalidad, la violencia doméstica y otros problemas.



IAA

Tanto si estos problemas son un producto de la pobreza o es una consecuencia del otro, el sentido común y el testimonio de estas mismas personas nos dicen que la intervención moral tiene que preceder a la intervención económica para que esta última sea verdaderamente efectiva.

La evidencia empírica sobre la felicidad y el éxito en la vida muestra que una vida vivida con intencionalidad, sentido y propósito aumenta el bienestar de una manera única e inigualable. En un estudio típico, investigadores suecos sondearon a 900 estadounidenses y encontraron un grupo especialmente próspero de individuos "auto-realizados" que se apoyaban en fuentes de significado como la comunidad, la espiritualidad y la responsabilidad personal. Estos individuos mostraban escasos síntomas de depresión, los niveles más altos de felicidad y un altísimo nivel de satisfacción, todo ello medidas significativas de un bienestar duradero.

Si seguimos buscando en los resultados de innumerables investigaciones, encontramos que existen cuatro valores que son definitivos para alcanzar una vida ordenada, próspera y feliz: fe, familia, comunidad y trabajo.

Usemos información sacada del General Social Survey de 2010 para simular dos individuos demográficamente idénticos. Los dos hombres tienen la misma edad, raza, el mismo nivel de educación y con salarios idénticos, pero aquí se acaban las similitudes. Uno de ellos es religioso, está casado y con dos hijos, y se encuentra entre el 10 por ciento de ciudadanos que más horas dedican al trabajo y a la comunidad. El otro es soltero, sin hijos, no practica ninguna religión, y las horas que dedica al trabajo y al servicio social están en el 10 por ciento más bajo.

¿Qué nivel de satisfacción tienen estos dos hombres en sus vidas? El estudio nos muestra que el primer hombre tiene un 47 por ciento de posibilidades de decir que es muy feliz en su vida teniendo en cuenta todos los factores. Las posibilidades de que el segundo hombre diga lo mismo son solamente de un 10 por ciento. Si dejamos todos los otros factores constantes y solamente cambiamos fe, familia comunidad y trabajo la diferencia en el bienestar es enorme.

Son precisamente estas cuatro instituciones las que están desapareciendo más y más de las zonas más pobres en los Estados Unidos. Así, en las zonas con educación universitaria y con ingresos elevados, estas instituciones tienen una fuerte presencia; sin embargo, en las zonas de Estados Unidos sin educación y con alto nivel de pobreza estas instituciones están desapareciendo rápidamente.

Claro está que en muchos de nuestros barrios pobres se vive una vida feliz, con fe, familia comunidad y trabajo satisfactorios. Pero negar que estas instituciones están desproporcionadamente ausentes en las comunidades más pobres en este país es no aceptar los hechos e ignorar una verdad innegable e incómoda. La transformación del carácter y los valores de los individuos y de las comunidades es esencial para ayudar a los que más lo necesitan. Decir lo contrario es contradecir sus propios testimonios.

Esto, que no es puritanismo ni condescendencia burguesa, es la razón por la cual los conservadores tenemos que promover y defender las instituciones que a lo largo del tiempo nos han dado sentido personal y social. Asumir que los pobres en los Estados Unidos son indignos de atenerse a los mismos estándares sociales a los que nos atenemos nosotros es cerrazón mental. Una genuina aspiración moral, y no una actitud condescendiente y políticamente correcta, ha de ser nuestro caballo de batalla en una agenda de justicia social verdadera.

Ayuda Material

Después de la transformación viene la ayuda material. No podemos negar que hay una necesidad real de ayuda material. Además de que uno de cada seis estadounidenses recibe actualmente cupones de alimentos, consideremos los siguientes resultados. Un análisis del National Center on Family Homelessness concluyó que durante los años de la gran recesión el porcentaje de indigencia infantil alcanzó el 38 por ciento. Así mismo, un equipo de investigadores de la salud pública publicó en la revista Health Affairs, en 2012, resultados preocupantes relacionados con la esperanza de vida. Entre las mujeres blancas con bajos recursos y con menos de 12 años de escolarización, los investigadores encontraron que la esperanza de vida había bajado considerablemente desde los años 90.

Los conservadores deseosos de arreglar estos problemas generalmente contribuyen con sus propios recursos económicos. Tal y como dije en mi libro "Who Really Cares" publicado en 2006, las familias conservadoras, por lo general, contribuyen en obras de beneficencia en mayor medida que las familias progresistas, a pesar de tener menores ingresos. Según el estudio de la General Social Survey de 1996, aquellos que están de acuerdo con la siguiente frase "el gobierno tiene la responsabilidad de reducir la desigualdad económica" donan a proyectos sociales, por término medio, 140 dólares al año, mientras que aquellos que están en desacuerdo con la frase, la donación promedio anual es de 1.637 dólares.

¿Por qué donan más los conservadores? Los estudios muestran que la mayor diferencia en las donaciones caritativas está vinculada a la práctica religiosa. Vemos que los progresistas que practican una religión son aproximadamente igual de generosos que los conservadores que también practican una religión. Pero hay muchos más conservadores practicantes que progresistas, por lo que la diferencia persiste.

Sería maravilloso si los Estados Unidos pudieran resolver sus problemas de pobreza solamente con las donaciones privadas. Podemos y debemos dar más y los conservadores debemos continuar dando el ejemplo. Pero aún en este extraordinario país, donde las donaciones voluntarias exceden el total del PIB de países como Israel y Chile, las donaciones privadas no pueden garantizar ni acercarse al nivel de asistencia que la inmensa mayoría de estadounidenses, de los dos bandos políticos, cree que es un deber moral.

Según Giving USA, actualmente los estadounidenses donan un total de 40.000 millones de dólares anuales a organizaciones de ayuda humanitaria. Si pudiéramos repartir esta suma entre los 48 millones de americanos que reciben cupones de alimentos, suponiendo que no hubiera gastos de gestión, saldrían solamente a 847 dólares por persona al año.

Pensemos en los niveles increíbles de donaciones que se recaudaron para el huracán Katrina en 2005. El flujo de contribuciones excedió los 3.00 millones de dólares, un número récord que superó incluso a la respuesta popular de los ataques del 11 de septiembre. Pero ni siquiera este episodio histórico recaudó lo suficiente como para cubrir más de un 3 por ciento de los gastos que la tormenta creó en las áreas devastadas de Louisiana y Mississippi. Las donaciones caritativas no pueden por si solas cubrir la totalidad de lo que se necesita.

Programas de Protección Social

Esto nos lleva a los programas de protección social. ¿Son los programas de protección social consistentes con las ideas conservadoras?

Tenemos que distinguir entre un mínimo de comida, vivienda, educación y sanidad, la protección básica para los verdaderamente necesitados, y el laberinto grotesco en que se ha convertido el



IAA

Estado del Bienestar, que permite a tantos, aunque no sean necesitados, aprovecharse del llamado “gasto social”. Los conservadores defendemos una red de protección social verdadera y sostenible. Los progresistas prefieren un sistema de asistencia social en continuo crecimiento que redistribuya cada vez más rentas y establezca aún mayor control del estado sobre la economía. Si no son controladas estas ideas de la izquierda, nos van a llevar a la insolvencia, dejándonos sin la capacidad para cubrir los elementos fundamentales de protección para aquellos que realmente lo necesiten.

Consideremos las socialdemocracias europeas sumidas en plena crisis económica. ¿Qué es lo que hizo a Grecia tan vulnerable ante el colapso económico? El gobierno griego gastó mucho más allá de sus medios, prodigando en generosos salarios al sector público y en los “derechos sociales” de la clase media. A lo largo de más de una década, el fuerte endeudamiento del Gobierno posibilitó estos gastos. Pero la crisis económica internacional provocó que los inversores extranjeros buscaran rentabilidades más altas para seguir comprando deuda griega. Cuando los más pobres estaban más desesperados, al gobierno no le quedó más remedio que imponer medidas de austeridad.

¿Quiénes fueron los mayores afectados de esta austeridad? Solamente desde 2009 a 2010, la renta disponible de los hogares en Grecia cayó más de un 12 por ciento, y un análisis de Oxfam concluyó que la mayoría del desplome social procedía del desempleo creciente entre los que ya se encontraban al borde de la marginalidad. De 2010 a 2011, la población que vivía en la calle aumentó un 25 por ciento. El acceso a la salud pública cayó fuertemente, la delincuencia aumentó y los índices de suicidio crecieron en una cuarta parte.

En resumen, los pobres en Grecia fueron los que tuvieron que soportar las consecuencias de la quiebra debida al despilfarro de su gobierno. El crecimiento meteórico del gasto social de los progresistas acabó degenerando en una insolvencia macroeconómica. Las medidas de austeridad y los recortes indiscriminados fueron inevitables. Cuando hay austeridad, los más afectados siempre son los pobres porque al debilitarse la economía, se destruye el empleo y se empobrecen los programas de protección social.

La política fiscal conservadora no nos aparta de nuestros compromisos con las familias necesitadas. Al contrario, es la única manera de mantenerlos.

La Reforma del Estado de Bienestar: “Welfare Reform”

Una cosa es reconocer que los programas de protección social para los más necesitados son meritorios pero otra es cómo llevarlos a cabo. ¿Qué programas tenemos que apoyar los conservadores? La clave de la respuesta se encuentra en la historia de más éxito de la política social conservadora de nuestro tiempo: el movimiento conservador de reforma del programa de asistencia social “Welfare” de los años 90.

La política social estadounidense se extendió enormemente después de la Segunda Guerra Mundial, dirigiendo la mayor parte de las ayudas a las familias sin padre en situación de pobreza. Los norteamericanos vieron como generaciones de compatriotas eran apartados de la fuerza laboral, clases enteras se definían como dependientes del gobierno, y millones fueron confinados a viviendas públicas escuálidas y a unas situaciones de dependencia económica carentes de dignidad y totalmente desconectadas del incentivo a trabajar.

Thomas Jefferson ya nos había prevenido, hace cientos de años, de que “La dependencia engendra sumisión y venalidad, y sofoca el germen de la virtud y convierte al pueblo en el instrumento del tirano”. (Dependence begets subservience and venality, suffocates the germ of virtue, and prepares fit tools for the designs of ambition).

Más recientemente, Franklin Roosevelt nos advirtió de que “una dependencia continuada” de la ayuda del gobierno “induce a una desintegración espiritual y moral fundamentalmente destructiva para la fibra nacional. Administrar asistencia de esta manera es administrar un narcótico, una destrucción sutil del espíritu humano” (continued dependence [...] induces a spiritual and moral disintegration fundamentally destructive to the national fiber. To dole out relief in this way is to administer a narcotic, a subtle destroyer of the human spirit).

Pero las palabras de Jefferson y de Roosevelt cayeron en oídos sordos y la planificación central continuó con entusiasmo. El sistema de asistencialismo norteamericano creció y creció durante los años setenta. Hasta que el libro de gran trascendencia, “Loosing Ground”, del autor Charles Murray cambió el sistema. En su libro, Murray argumentó fervientemente que el problema del sistema no era económico sino ético. Las políticas que inadvertidamente habían atrapado a la gente en condiciones miserables solo dañaban a aquellos a los que se quería ayudar. Manteniendo a la gente en estas condiciones, el sistema creaba una dependencia que privaba a la gente de la dignidad inherente de ganarse su propio sustento.

A mediados de los años ochenta, estos argumentos fueron radicales, pero diez años después se convirtieron en doctrina plenamente aceptada y la idea de la reforma del sistema de asistencia social fue acogida por el entonces presidente demócrata Bill Clinton. La legislación durante la era de Clinton ayudó a la gente a salir de esta dependencia imponiendo límites al tiempo en que se podía recibir ayuda y condicionando la obtención de beneficios a la realización de trabajo. En 1996 se firmó la ley de la reforma del sistema de asistencia social con un éxito resonante. Según el Gobierno de los EE.UU., la reforma ayudó a 4,7 millones de estadounidenses a pasar de la incapacitación a la autosuficiencia al cabo de solamente tres años de haberse promulgado. En el año 2004, el número de perceptores de ayuda pública había disminuido un 54 por ciento.

El análisis de este caso nos ofrece hoy tres lecciones. Primero, no hay nada intrínsecamente malo con los programas de protección social, ya sean de asistencia alimenticia, de ayuda a la vivienda o de asistencia sanitaria. Segundo, estos programas tienen que estar diseñados y administrados de manera que no permitan caer en la dependencia. Tercero, el fin último de estos programas no puede ser la subsistencia perpetua de los más necesitados viviendo vidas apenas tolerables. Tenemos que aspirar a no menos que a una floreciente prosperidad humana.

Oportunidad

Una política con visión, complementada con un programa de protección social apropiado, es un componente clave de la ayuda material, que a su vez se engrana perfectamente con el sine qua non del conservadurismo estadounidense, la tercera pieza de nuestra agenda de justicia social: la oportunidad.



IAA

No hay nada que inspire más a los conservadores de este país que las historias de los hombres o mujeres que empezando de la nada, consiguieron llegar muy alto. Por lo tanto, no hay nada que preocupe más a la derecha que el hecho de que parece que la escalera de las oportunidades socioeconómicas esté perdiendo sus peldaños más bajos.

En 1980, el 21 por ciento de los estadounidenses en el quintil inferior de ingresos ascendió al quintil medio o superior en 1990. Sin embargo, los que comenzaron en el quintil inferior en 1995 sólo tuvieron una probabilidad del 15 por ciento de convertirse en clase media en 2005. Esto es una caída de un tercio en la movilidad social en menos de una generación. Otros análisis muestran una historia similar. Por ejemplo, un estudio del año 2007 midió la movilidad relativa en Canadá y Escandinavia en más de dos veces el nivel de Estados Unidos.

¿Cómo puede una agenda de justicia social invertir estas tendencias y abrir las oportunidades para todos? Una sociedad de oportunidades tiene dos pilares fundamentales: educación universal para crear una base de capital humano y un sistema económico que recompensa el trabajo duro, el mérito, la innovación y la responsabilidad personal. Es decir, la oportunidad para los conservadores tiene que enfocarse apasionadamente en la reforma educativa y en defender incansablemente las bases morales de la libre empresa.

Sabemos que una reforma educativa no se puede dar en un sistema esclerótico que pone la seguridad de empleo de los adultos por delante de los derechos de los niños, y que se resiste a las mismas innovaciones que están haciendo prosperar al resto de la economía.

El gasto por alumno de educación federal se ha disparado en casi cuatro veces su nivel de 1970. ¿Qué hemos conseguido con esta entrada masiva de nuevos recursos? Un aumento considerable del número de funcionarios en nuestro sistema educativo, pero ningún aumento detectable en las puntuaciones de las pruebas de nuestros hijos en lectura, ciencias o matemáticas.

Además, esta ineptitud no está distribuida uniformemente por todo el país. La ineficacia de nuestras burocracias envía sistemáticamente los peores productos a sus consumidores más vulnerables. Las escuelas públicas de Washington DC gastan 18.475 dólares al año por alumno. Sin embargo, sólo alrededor del 56 por ciento de los niños se gradúan en la escuela superior (high school). En la capital de nuestra nación apenas el 15 por ciento de los estudiantes de 8º grado saben leer como corresponde a su grado.

Historias similares son comunes en ciudades con poblaciones pobres en todo el país y aquellos que crean que una persona medio analfabeta, y que no haya terminado la escuela superior compite en igualdad de condiciones en los Estados Unidos, se están engañando a sí mismos. También se están engañando aquellos políticos que tienen una fe ciega en que el aparato del estado puede o podrá hacer algo más que tirar más dinero por la ventana, mientras les seguimos fallando a más generaciones de niños pobres en nuestro país. Esta es la verdadera lucha por los derechos humanos de nuestro tiempo.

Pero la reforma educativa es solo la primera batalla. Provistos de un adecuado capital humano para ganarse su propio éxito, los estadounidenses se merecen un sistema que haga posible ganarse el propio éxito a una escala inimaginable. Solo el sistema de libre empresa puede conseguir esto.

Estudiamos la prosperidad mundial en los últimos cuarenta años. Cuando yo era un niño, en 1970, la pobreza en el tercer mundo se veía reflejada en una fotografía del National Geographic de un niño hambriento. Las donaciones caritativas podían ayudar, pero todos sabíamos que no había nada que se pudiera hacer para ayudar realmente. Nuestros esfuerzos eran unas cuantas gotas en un océano de trágica necesidad.

El mundo ha cambiado profundamente desde entonces. Desde 1970, según el economista de la Columbia University, Xavier Sala i Martin, el porcentaje de personas en el mundo que viven con un dólar diario o menos, medida tradicional para calcular los niveles de pobreza e inanición, ha caído un 80 por ciento.

Este es el mayor logro en la lucha contra la pobreza en la historia de la humanidad. Pero este no ha sido el resultado de donaciones filantrópicas, organizaciones paraestatales o la ayuda exterior de los gobiernos. Este milagro ocurrió cuando miles de millones de personas superaron por sí mismas la pobreza gracias a la globalización, al libre comercio, a los derechos de propiedad, al estado de derecho y a la libre empresa.

En definitiva, fue la propagación por todo el mundo del sistema estadounidense de libre empresa que salvó a miles de millones de personas de la pobreza, dándoles la oportunidad de prosperar por primera vez en la historia. Verdaderamente, este es el regalo de los Estados Unidos al mundo. Los conservadores debemos luchar por esta verdad, sin pedir perdón ni acomodos. Por el bien de la humanidad, nuestra meta ha de ser el hacer que el sistema de libre empresa sea aceptado universalmente, sin partidismos, como un derecho humano.

La Justicia Social de los Conservadores

En nuestro país hay muchos necesitados a los que no les llega ninguna ayuda. Esto se ha visto exacerbado por años de ideas políticas equivocadas y por una cultura materialista. La agenda para una justicia social expuesta aquí puede darnos una nueva orientación para mejorarnos a nosotros mismos y para nuestra obligación de ayudar a los más necesitados.

Es una agenda que busca transformación, ayuda, y oportunidad. Significa defender una cultura de fe, familia, comunidad y trabajo; aumentando nuestra caridad y protegiendo los programas de protección social para los que realmente lo necesitan; luchando por una reforma educativa y por la libre empresa como imperativos morales profundos.

Esta agenda será buena para la mayoría de las personas y hará renacer el movimiento conservador. Durante mucho tiempo, los conservadores se han identificado a ellos mismos como luchadores en contra de las cosas, atacando a la izquierda por sus prioridades equivocadas. Luchan en contra de impuestos punitivos, una sobrerregulación que lo abarca todo, gasto público incontrolado, cultura libertina y una deuda nacional desorbitante.

No hay razón para repudiar la ideología que impulsa estas luchas. Pero estas luchas políticas de segundo orden no son intrínsecas para conseguir un país mejor. Son meramente instrumentales. La razón central motivadora de la filosofía conservadora no es luchar en contra de las cosas. Es luchar por las personas.



IAA

Luchar por las personas no significa que debemos tener un catálogo masivo de programas de gobierno. Significa pensar detenidamente quiénes son los necesitados y cómo podemos cubrir sus necesidades de la mejor manera posible. En algunos casos, como en la ayuda a los realmente pobres y en la defensa de nuestros aliados alrededor del mundo, la mejor solución probablemente va a necesitar la participación del gobierno. En otros, como en la desintegración de la cultura, niños necesitados que se encuentran atrapados en escuelas ineficaces, gente emprendedora intentando empezar negocios, o gente crónicamente dependiente del estado, la respuesta correcta del conservador es que el gobierno deje de entorpecer y se quite de en medio. En ambos casos, los conservadores podemos y tenemos que ser guerreros valientes para los más necesitados.

El credo conservador tiene que ser la lucha por las personas, especialmente las más necesitadas, tanto si votan como nosotros como si no. Este experimento no tiene garantía de éxito, pero esta chispa volverá a encender los pequeños fuegos de esperanza en un país cansado del cual un 64 por ciento de sus ciudadanos cree que “va por el mal camino”. En términos éticos, emocionales y hasta incluso electorales, ninguna otra oportunidad podría ser más prometedora que esta apertura para luchar por los que más lo necesitan.

La nueva derecha no se puede permitir por más tiempo el lujo de desatender aquello que los Proverbios nos recuerdan “El que desprecia a su amigo comete un pecado, pero ¡feliz aquel que se compadece del pobre!” (Prov. 14,21).